

## EL MAESTRO DE LA INOCENCIA

Tracy Chevalier

### UNO

Había algo de humillante en tener que limitarse a esperar dentro de un carro, en una concurrida calle de Londres, cuando todas tus posesiones estaban amontonadas alrededor y expuestas a la curiosidad del público. Jem Kellaway se hallaba junto a una torre de sillas Windsor que su padre había hecho para la familia años atrás y veía horrorizado cómo los viandantes examinaban sin disimulo el contenido del carro. Tampoco estaba acostumbrado a encontrarse con tantos desconocidos al mismo tiempo —la aparición de uno solo en su pueblo de Dorsetshire sería un acontecimiento comentado durante varios días—, ni a verse expuesto a su atención y escrutinio. Se agachó entre las pertenencias familiares, tratando de hacerse menos visible. Enjuto y nervudo, de ojos azules hundidos y pelo de color rubio rojizo que se le rizaba por debajo de las orejas, Jem no era una persona que llamase la atención, y la gente, más que en él, se fijaba en las posesiones de su familia. Una pareja se detuvo y manoseó incluso los muebles como si estuviera palpando las peras en la carretilla de un vendedor para ver cuál estaba más madura: la mujer acarició el dobladillo de un camisón que asomaba por una bolsa descosida, y el hombre se apoderó de una de las sierras de Thomas Kellaway y comprobó lo puntiagudo de sus dientes. Cuando Jem le gritó «¡Oiga!», todavía le llevó su tiempo dejarla de donde la había cogido.

Aparte de las sillas, la mayor parte del carro lo ocupaban las herramientas del oficio de Thomas, padre de Jem: aros de madera utilizados para curvar las piezas destinadas a los brazos y respaldos de las sillas Windsor que eran su especialidad, piezas del torno con el que daba forma a las patas de las sillas, y un surtido de sierras, hachas, formones y taladros. A decir verdad las herramientas de Thomas Kellaway ocupaban tanto sitio que los miembros de la familia habían caminado por turnos junto al carro durante la semana que habían tardado en ir desde Piddletrenthide hasta Londres.

El carro en el que habían viajado, conducido por el señor Smart, un habitante del valle del Piddle con un inesperado gusto por la aventura, estaba parado delante del anfiteatro de Astley. Thomas Kellaway tenía sólo una vaga idea de dónde encontrar a Philip Astley y un total desconocimiento de las dimensiones de Londres, por lo que pensaba que le bastaría colocarse en el centro de la ciudad para ver el sitio donde actuaba el

circo Astley, más o menos como podría haberlo hecho en Dorchester. Afortunadamente para ellos, el circo Astley era bien conocido en la metrópoli y enseguida les indicaron el camino para llegar al gran edificio al final del puente de Westminster, con su tejado redondo de madera terminado en punta y su entrada principal adornada con cuatro columnas. En una enorme bandera blanca que ondeaba en lo más alto del tejado se leía «Astley» en rojo por un lado y «anfiteatro» en negro por el otro.

Haciendo caso omiso, hasta donde le era posible, de los curiosos que pasaban por la calle, Jem examinó con interés el río cercano —por cuya orilla había decidido pasear el señor Smart «para ver un poco de Londres»—, así como el puente de Westminster, que se arqueaba sobre el cauce y llegaba al lejano conjunto de torres cuadradas y chapiteles de la abadía de Westminster. Ninguno de los ríos que Jem conocía en Dorset —el Frome, del tamaño de una senda rural, o el Piddle, un simple riachuelo que se saltaba sin problemas— resistían la menor comparación con el Támesis, un amplio canal de agua marrón verdosa, agitada, traída y llevada por la distante marea. Tanto el río como el puente estaban atestados de tráfico: embarcaciones en el Támesis y coches, carros y peatones sobre el puente. Jem no había visto nunca tal cantidad de gente, ni siquiera en un día de mercado en Dorchester, y estaba tan impresionado por el espectáculo en su conjunto que apenas se enteraba de los detalles.

Pese a que le tentaba apearse del carro y reunirse con el señor Smart al borde del agua, no se atrevía a dejar solas a Maisie y a su madre. Maisie Kellaway miraba a su alrededor desconcertada y se abanicaba la cara con un pañuelo.

—Señor, ¡qué calor para marzo! —dijo—. No hacía tanto en casa, ¿verdad que no, Jem? —Refrescará mañana —prometió su hermano. Aunque Maisie era dos años mayor, a menudo le parecía que era más pequeña que él y necesitada de protección ante lo imprevisible del mundo, si bien en el valle del Piddle había bien poco de imprevisible. En Londres su tarea iba a ser más difícil.

Anne Kellaway contemplaba el río como había hecho Jem, los ojos fijos en un muchacho que remaba con fuerza en un bote. Su único cargamento era un perro que jadeaba debido al calor. Jem sabía en qué pensaba su madre mientras seguía la marcha del remero: en su hermano Tommy, a quien le gustaban mucho los perros y que en el pueblo tenía siempre uno, como mínimo, siguiéndolo por todas partes.

Tommy Kellaway había sido un chico guapo con una tendencia a soñar despierto que desconcertaba a sus padres. Muy pronto quedó claro que nunca sería sillero, porque carecía de toda afinidad con la madera o sus posibilidades, así como de interés por las herramientas que su padre intentaba enseñarle a utilizar. Dejaba que un taladro se detuviera a mitad de vuelta, o que un torno girase más y más despacio hasta detenerse mientras él miraba el fuego, o a lo lejos, una costumbre que había heredado de su padre, pero sin su habilidad añadida de volver después al trabajo.

Pese a ser esencialmente un inútil —rasgo que Anne Kellaway solía despreciar— su madre lo quería más que a sus otros hijos, aunque no habría sabido explicar por qué. Quizá sentía que estaba más indefenso y que por tanto la necesitaba más. Desde luego era un chico divertido y hacía reír a su madre como nadie. Pero su risa había muerto una mañana hacía seis semanas: Anne lo encontró bajo el peral en la parte trasera del jardín

de los Kellaway. Debió de subirse para coger la última pera, que había logrado mantenerse en la rama y a demasiada altura todo el invierno, haciéndolos rabiar, aunque sabían que el frío la habría dejado sin sabor. Se quebró una rama, Tommy cayó al suelo y se partió el cuello. Un dolor muy intenso atravesaba el pecho de Anne Kellaway cada vez que pensaba en él; lo sentía ahora, viendo al muchacho y al perro en el bote. Su primer contacto con Londres no había hecho desaparecer aquel dolor.

© 2007, Tracy Chevalier

© 2007, de la presente edición en castellano para todo el mundo: Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gràcia, 47- 49. 08021 Barcelona

© 2007, José Luis López Muñoz, por la traducción

© 2006, Andrew Ashton, Harper Collins Publisher, por las ilustraciones del interior.